

## Lenin: humanismo, política y revolución

Ramón Martínez Escamilla\*

El 22 de abril de 1990 se cumplieron 120 años del nacimiento de Lenin. Paradójicamente, en este año fueron demolidas sus estatuas en algunos países socialistas y esta es una inmejorable oportunidad para hilvanar algunas reflexiones en torno a las características de tan vasta personalidad revolucionaria.

La vida de un miembro tan destacado de la Humanidad como Lenin, nada pudo haber tenido de mansa y lineal. Miembro de una ilustrada familia de Simbirsk, en el Volga de fines del siglo XIX, sus inquietudes intelectuales despertaron apenas iniciada su juventud ante los sangrientos embates de la opresión y del despotismo zarista.

Si la ejecución de su hermano Aleksander en 1886 le aproximó a la actividad política, ya en 1887 entró en contacto con los círculos marxistas, hasta iniciar en 1893 la crítica al populismo. Detenido y deportado a Siberia de 1895 a 1900 se integró al Partido Obrero Socialdemócrata y escribió *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, notable no sólo por sus inferencias teóricas como la consistente en la existencia ya de un proletariado capaz de dirigir la revolución, sino también por su rigor metodológico, todavía de palpitante actualidad.

En 1900 se trasladó a Suiza, donde fundó con Plejanov el periódico *Iskra*, órgano teórico del partido, y comenzó a profundizar en los aspectos estratégicos y tácticos de la revolución, lo que pronto lo

\* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

enfrentó a las tesis gradualistas del propio Plejanov y lo llevó a redactar su importante tesis de *¿Qué hacer?* en la que planteaba la necesidad inmediata de la revolución y el carácter del partido que debía dirigirla.

Probada en principio su postura con la aceptación por la mayoría partidista en el exilio ya llamada bolchevique, regresa a Rusia en 1905 para volver a salir en 1907 y es hasta 1908, con su nuevo regreso, que se ocupó de combatir las desviaciones filosóficas y el nacionalismo social-demócrata con su *Materialismo y Empiriocriticismo*, oponiéndoles una visión internacionalista, relacionada con la inevitabilidad de la guerra interimperialista; pues el proceso de acumulación de capital había llegado a una fase en que los monopolios habían alcanzado una dimensión mundial y, la competencia entre ellos por la redistribución de las esferas de influencia, los ponía necesariamente en la tesitura de la guerra a la que la clase obrera debía, según sus tesis, oponerse. Difícil le resultaba permanecer en el interior de su patria sustentando públicamente tales puntos de vista.

En el curso de la Primera Guerra Mundial que confirmaba todos sus asertos, tras el derrocamiento del Zar volvió a Rusia para oponerse al impopular continuismo de Kerenski, colocándose, con sus *Tesis de abril*, al servicio de la revolución inmediata y revelándose como su gran organizador, apoyado en la estructura del Partido Bolchevique y en los *soviets*, elementos con los que supo interpretar los deseos del pueblo organizado en favor de la paz y de la justicia hacia las masas campesinas sin tierra.

El II Congreso de los *soviets* supuso la consolidación de los bolcheviques, lo que le abrió la oportunidad de lanzarse a la conquista del poder en octubre de 1917 cuando, ya presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, supo unir con habilidad revolucionaria el estricto cumplimiento del programa de nacionalizaciones y entrega de la tierra a los campesinos, con la flexibilidad necesaria para conseguir una paz, aunque gravosa, indispensable para inaugurar una etapa importante de progreso económico y social.

La guerra civil iniciada por los conservadores y promovida por la reacción de algunos gobiernos extranjeros, forzó en Rusia la adopción de estrictos controles que en occidente se conocieron como elementos básicos de un comunismo de guerra y, a partir de 1921 promovió la Nueva Política Económica (NEP), que con la reconstrucción rápidamente mejoró la situación interior y la posición internacional de su país.

En 1922 promovió la reorganización del Estado soviético y la creación de la URSS por la unión de cuatro repúblicas, rompiendo el cerco diplomático impuesto por el Imperialismo y afianzándose en la posición del más grande de los revolucionarios del siglo XX. Pero su importancia de hombre teórico, consumado filósofo y connotado humanista no fue menor que la que alcanzó como el revolucionario vencedor del imperialismo, fundador del Estado Soviético e inspirador de la expansión alcanzada a partir de la Tercera Internacional.

Si se toma en cuenta que Humanismo es todo movimiento filosófico que considere como su fundamento la naturaleza humana, los límites y los intereses del hombre, y si además al Humanismo se le puede entender como a la dirección filosófica que tiene en cuenta las posibilidades y límites del hombre, dimensionándolo todo en función de esto; estamos en condiciones de afirmar con justicia que Vladimir Ilich Ulianov, Lenin, ha sido uno de los más grandes humanistas de la historia moderna.

Nacido un año antes de la Comuna de París y muerto tras de haber dirigido la primera victoria duradera del socialismo, la historia de su propia vida y de su obra, es la del maestro en la iniciativa histórica, que vivió tan inmerso en el proceso de integración acelerada del hombre a su esencia social, que terminó por ponerse a la cabeza de ese proceso hasta llevarlo al punto de arranque de su victoria definitiva.

Y es necesario llamar la atención al Humanismo en su aceptación filosófica porque, sin desconocer del vocablo otras connotaciones y conceptos, a mi modo de ver fue precisamente desde la Filosofía que, habiendo abrevado en los principios y doctrinas de Marx y Engels, Lenin pudo no sólo dar continuidad a la interpretación revolucionaria del hombre y su historia sino, sobre todo, traducir dicha interpretación a los términos de la ideología y la política militante de masas, llevándola hasta la consecuencia inevitable de la Revolución Social.

Tan solo esto que acabo de expresar bastaría para reconocer en Lenin al humanista que fue, sin embargo, la historia por una parte, las ciencias sociales por otra y sus biógrafos por la menos importante, se han encargado de dar a su vida, a su obra escrita, pero sobre todo a su acción revolucionaria, la justa dimensión en que buena parte de la humanidad reconoce su inspiración y su guía, y ésta sería además de una forma no menos legítima y justa de reconocer su Humanismo, la que sin duda rechazaría con la fuerza más abrumadora cualquier interpretación en contrario.

Como afirma Roger Garaudy, “la vida de Lenin es la de un militante... El problema central de su filosofía es elaborar una metodología de la iniciativa histórica, y a ello se debe que Lenin descubriera de nuevo el alma viva del marxismo, la concepción del mundo que fundamenta esta metodología...”<sup>1</sup> La teoría del conocimiento capaz de fundamentar una metodología de las ciencias humanas —el humanismo científico, me atrevo a asegurar sin ambages— principalmente en economía política y en sociología, había sido ya elaborada por Marx en lo esencial. Lenin aplica el método a la vez materialista y dialéctico a la crítica de las doctrinas de su tiempo y al análisis de sus realidades para transformarlas de manera radical e irreversible.

En Lenin la vida y sus frutos no pudieron haber sido de otra manera. Prisiones, deportaciones, exilio, viajes, paso clandestino de fronteras y trabajo desarrollado en la ilegalidad, como dice Nina Gourfinkel, realizados “con fantástica brusquedad y la toma del poder en un imperio que ocupaba la sexta parte de la superficie de la tierra”<sup>2</sup> tenían, por una parte, su origen en una visión distinta de la humanidad y el mundo que habita y, por la otra, la tradicional “justificación” de una organización social que bajo los embates del revolucionario aceleradamente comenzaba a caerse a pedazos.

“Nosotros —decía Lenin— hemos conquistado Rusia: de los ricos para los pobres, de los explotadores para los trabajadores. Ahora debemos gobernar Rusia... No tememos a los errores. El haber hecho la revolución no ha hecho de nosotros santos infalibles... El proletariado victorioso ha descubierto la tierra, convertida en bien común; él sabrá organizar la nueva producción y el nuevo consumo según principios socialistas... En adelante, todas las maravillas de la civilización serán un bien común. En adelante, la inteligencia y el genio no serán transformados en instrumentos de opresión y de explotación”.<sup>3</sup>

Destacar el Humanismo de Lenin nada tiene que ver con la apología y menos aún con la convencional visión de un “humanismo” exclusivamente estético enraizado en las corrientes intelectuales burguesas más en boga en la segunda mitad del siglo XIX. Todo lo contrario. En efecto, Lenin llegó a decir en una ocasión “no se por qué nos sentimos obligados a demostrar que también estamos ‘en la cima de la civilización moderna’. No puedo ver en las obras del expresio-

<sup>1</sup> Garaudy, Roger. *Lenin (La vida de un militante)*, México, Editorial Grijalbo, 1970, p. 19.

<sup>2</sup> Gourfinkel, Nina. *Lenin*, México, Editorial Grijalbo, 1977, p. 7.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 142.

nismo, del futurismo, del cubismo y de todos los demás ismos, la manifestación suprema del genio artístico. No las comprendo y no siento ningún placer ante ellas”.<sup>4</sup>

“... sus gustos eran sencillos.” En 1895 escribía desde Berlín:

soy bastante indiferente ante los monumentos y, por lo general, sólo por azar los veo. Prefiero pasear por las ferias populares, mejor que visitar museos o ir al teatro.

Le gustaban “los buenos realistas”, Tolstoi, Chejov, Zola, y entre los poetas, Nekrasov o *Los castigos*, Pushkin o los poetas revolucionarios sin que le preocupara la forma. En las representaciones teatrales se aburría, y solía marcharse después del primer acto. Se interesa por *Los tejedores*, de Hauptmann, pero *Los bajos fondos* le parecen demasiado “teatro”.

No trata de imponer sus gustos, más bien al contrario, se reconoce profano en arte y deja actuar a aquellos a quienes considera competentes... “yo no entiendo de eso” —dice—<sup>5</sup> (pregunten a los expertos, parece decir).

Tales palabras han sido suficientes para que no pocos “teóricos de la estética” mantengan y aún promuevan una imagen de Lenin lo más alejada posible del Humanismo, y aquí ya huelga la aclaración de que la clase de humanismo que tienen en mente es el “humanismo” de clase. Pero en sentido diametralmente inverso a las meras exteriorizaciones estéticas del espíritu pensante, para emplear la expresión de Engels, el Humanismo leninista no sólo tiene la más profunda raíz filosófica sino que es precisamente en el campo de la filosofía que se manifiesta en toda su potencialidad para irradiar desde ahí hacia todas las ciencias y las disciplinas del hombre.

La experiencia básica de la expresión filosófica de Lenin es, como decía al principio, la iniciativa histórica de los trabajadores rusos en la revolución de 1905. Nuevamente parafraseando a Roger Garaudy, podríamos decir que “frente a la flojera ideológica de los pensadores vacilantes, tentados por los compromisos teóricos y el eclecticismo filosófico, Lenin publica, en 1909, *Materialismo y Empiriocrítica*, sobre la interpretación materialista y dialéctica del desarrollo de las ciencias contemporáneas”.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 152.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 152 y 153.

<sup>6</sup> Garaudy, Roger. *Op. cit.*, p. 22.

Ya en 1915 sus *Cuadernos filosóficos* se ocupan profundamente de reelaborar la dialéctica de Hegel, y “una dialéctica materialista opera concretamente en los *Cuadernos económicos* de los que, en 1916, (habría de salir) el *Imperialismo fase superior del capitalismo*, obra económica fundamental de Lenin, digna de prolongación en una etapa nueva de la historia de *El capital* de Marx. La dialéctica materialista está asimismo en la base de la ejecución de la obra sociológica fundamental de Lenin: *El estado y la revolución* cuya redacción quedó interrumpida por la revolución de febrero de 1917. Una notable ilustración de la unión de teoría y práctica viene dada por el paso del estudio sobre *El estado y la revolución* al acto político decisivo de las *Tesis de abril* (1917), que formuló el programa del paso de la revolución burguesa democrática a la revolución socialista”.<sup>7</sup>

Nunca antes la historia de la humanidad llegó a registrar el caso de un hombre en el que la más profunda penetración en la filosofía de lo humano desembocara de manera tan directa y actuante en el campo de la economía, en el de la sociología y aún en el de la revolución social. El primer caso de que se tenga registro fue precisamente el de Vladimir Ilich Ulianov, llamado Lenin por las huestes revolucionarias.

Desde entonces hasta su muerte, como lo expresa Roger Garaudy, Lenin no dejaría de insistir cada vez más acentuadamente sobre el papel del elemento subjetivo en la lucha revolucionaria y la construcción del socialismo: *La gran iniciativa* (1919), que devela una forma inédita de la iniciativa histórica en una etapa nueva; *La enfermedad infantil del comunismo* (1920), dirigida contra el izquierdismo dogmático y sectario; *El materialismo militante* (1922), que propone “un estudio sistemático de la dialéctica de Hegel desde el punto de vista materialista” y sus últimos escritos en 1923 *Sobre la cooperación, A propósito de nuestra revolución, Cómo reorganizar la inspección obrera y campesina, y Más vale poco y bueno*; definen concretamente las condiciones de una democracia socialista y de un verdadero humanismo socialista; hacer de cada hombre un centro de iniciativa, de responsabilidad y de creación histórica.<sup>8</sup>

Tal es para el buen juicio de la historia la aportación universal del padre del victorioso socialismo convertido en estructura actuante: El Humanismo Universal; un Humanismo enraizado en la más vasta y

penetrante consideración filosófica de la esencia humana, capaz de puntualizar con precisión científica nunca antes vista las leyes históricas del desarrollo económico, social y político de la sociedad global, agregando concreción metodológica y aplicabilidad práctica para el quehacer revolucionario, a la noción marxista de formación económico social. Los científicos sociales y muy especialmente los economistas hemos sido testigos de la vastedad de su aporte a la comprensión de la historia mundial del siglo XX.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>8</sup> Garaudy, Roger. *Op. cit.*, pp. 23 y 24.